

dejando flotar al aire los bucles de su cabellera.» (*Dimesis capillorum flagellis barbarum plaudebat*. De Vit. Patrum). El preceptor de Dagoberto, Sandregihisil, debió llevar larga la barba, puesto que Dagoberto se la cortó. Por último, en el siglo XII los reyes derogaron la ley que prohibía á los siervos llevar la barba larga, y esta derogación fue concedida á instancia de Pedro Lombardo, obispo de París y de otros muchos prelados. Al dar los eclesiásticos sus siervos para la guerra convirtiéndolos en soldados, exigieron que no se diferenciara de las personas de condición libre contra las que iban á pelear. Hé aquí, pues, cómo la cabellera larga forma una notable época histórica en los anales de Francia, y cómo ha servido para indicar el tránsito de la esclavitud á la libertad, y la transformación de franco en francés. No debe, sin embargo, perderse de vista que también hubo galos llamados *Capillati*, *Crinosi*; una Galia, por decirlo así, que llevaba larga cabellera, *Gallia comata*, que los bretones tenían también la misma costumbre (*Fredeger*) y que en la vida de varios santos galos, se ve que cuidaban de sus cabellos. ¿Será probable que al establecerse los francos entre los pueblos conquistados les obligaran á éstos á dejar sus antiguas costumbres? Todo cuanto en la historia de Francia se lea relativo á las cabelleras, es preciso referirlo á la nación que ocupó victoriosamente su territorio.

No me detendré á examinar esa segunda invasión de los francos, cuya fecha suelen colocar en la época del advenimiento de los gobernadores de palacio de la raza carlovingia, invasión á la que esta raza habría debido la corona. Es muy cierto que no cesaron las guerras

civiles entre los francos de la Austrasia y los de la Neustria; que esas guerras dieron el poder á los que sabían más y que á esa circunstancia debieron los carlovingios su exaltación sobre la raza de los merovingios, pero en nada de eso se descubren señales de haber ocurrido una nueva invasión. Mientras no se encuentren documentos históricos que confirmen esa opinión, me creo autorizado á no seguir la opinión de algunos hombres, cuyo mérito, sin embargo, me complazco en confesar.

En tiempos de la primera raza y hasta en los de la segunda hubo en las familias bárbaras reinantes un desorden no conocido entre las familias romanas que ocuparon el trono. Los príncipes francos tenían muchas esposas y muchas concubinas y se verificaba la repartición de bienes entre los hijos de estas mujeres sin distinción de derechos de primogenitura ni de legitimidad.

La sociedad, por decirlo de una vez, en su composición y descomposición lenta y gradual, permaneció casi inmóvil en tiempo de los merovingios, y no se manifestó sensiblemente la transformación sino á fines de la segunda raza. Nada, pues, de importante puede examinarse durante los cinco primeros siglos de la monarquía francesa, no siendo la progresión ascendente de la Iglesia hácia el mas alto punto de su dominación. No tardaré en ocuparme de este particular así que lleguemos al principio de esa otra especie de barbarie que suele designarse con el nombre de edad media; barbarie de la que tomaron su origen los pueblos modernos, cuando se verificó por completo la fusión de las razas paganas, cristiana y bárbara.

SEGUNDA RAZA.

Una de las antiguas falsedades históricas que han adquirido visos de verdad en fuerza de ser repetidas, es el calificar de usurpación el advenimiento de Pipino al trono. Ya hemos hecho observar que en la monarquía electiva no puede haber usurpación que la del monarca que la convirtiera en hereditaria. «Pipino fue elegido por parecer y consentimiento de todos los francos:» tales son las palabras textuales del primer continuador de Fredeger (cap. XII). Razon tuvo el papa Zacarias cuando habiendo sido consultado por Pipino, contestó: «Paréceme bueno y útil que sea rey el que sin tener el nombre de tal tiene el poder que le hace preferible al que ostentando el nombre de rey, carece de la competente autoridad.»

Por otra parte los pontífices en su cualidad de padre común de los fieles no pueden tomar parte en esas cuestiones de derecho, ni deben reconocer mas que el hecho. Obrando de otro modo la Corte Romana se hallaría involucrada en todas las revoluciones política de los pueblos cristianos, y la caída del trono mas insignificante allá en los últimos confines del mundo, haría estremecer el Vaticano. «El príncipe, según dice Eghinardo, se contentaba con llevar flotando el cabello y la barba larga; veíase reducido á una pensión alimenticia designada por el gobernador de palacio: no poseía mas que una casa de campo que le producía una módica renta y cuando viajaba era en una carreta tirada por bueyes y conducida por un boyero á la manera de los aldeanos.»

Surgieron, sin duda, intereses que dieron apoyo á las realidades políticas. Los papas Gregorio II y Gregorio III habían tenido grandes relaciones con el gobernador de palacio Carlos Martel, Pipino deseaba ser rey de los francos, así como Zacarias deseaba sustraerse del yugo de los emperadores de Constantinopla,

protectores de los iconoclastas, y de la opresión de los lombardos. San Bonifacio, obispo de Fayenza, que no necesitaba de la cooperación de los francos para entender sus misiones por la Germania, fue el que medió como arreglador de este asunto entre Zacarias y Pipino. Sin embargo, éste creyó deber pedir su absolución por la infidelidad cometida contra Childerico III al papa Esteban, á quien no debió servir de disgusto el ver que se reconocía su derecho de absolver y condenar.

Por otra parte, los duques de Aquitania se mantuvieron largo espacio de tiempo rehusando someterse á Pipino; mas adelante hasta en la tercera raza, los veremos renegar de Hugo Capeto y fechar los actos públicos: *Rege terreno deficiente, Christo regnante*. En aquella época Guillermo el Grande, duque de Aquitania no reconoció de un modo auténtico sino á Roberto, hijo de Hugo: *Regnante Roberto, rege theosopho*. Hubieran sido ignoradas las causas secretas de las rudas guerras que Pipino de Heristal, Carlos Martel, Pipino el Breve y Carlos Martel hicieron á los aquitanos, si la carta de Alaon, impresa en los concilios de España, comentada é ilustrada por don Vaissette no demostrara que los duques de Aquitania descendían de Hariberto por Bagghis, ilustre familia que se ha ido perpetuando hasta Luis de Armagnac, duque de Nemours, muerto en la batalla de Cerignoles en 1503. De manera que los duques de Aquitania descendían directamente de Clodoveo y solo la fuerza pudo reducirlos á ser vasallos de una corona que había pertenecido á sus padres. En la actualidad es curioso contemplar la mala fe ó la ignorancia de Eghinardo, después de haber dicho que Carlos y Carloman sucedieron á su padre Pipino, añade: «La Aquitania no pudo gozar de larga paz á consecuencia de las guer-

ras de que había sido teatro. Un tal Hunold, aspirando al poder trastornó la tranquilidad, etc. Este tal Hunold era nada menos que hijo de Eudes, duque de Aquitania y padre de Waiffe, igualmente duque de Aquitania y heredero de la casa merovingia me he detenido en esas guerras de Aquitania, por no haber hablado ningún historiador, escepto Gaillard y La Bruere de la verdadera causa que las produjo: no deben, pues, imputarse mas que á una simple lucha entre lo pasado y lo presente, entre la primera raza y entre la segunda.

Pipino, electo rey en Soissons (751), derrotó á los sajones, y á ruegos del papa Esteban III, pasó á Italia para combatir á Adolfo rey de los lombardos, que amenazaba á Roma después de haberse apoderado del exarcado de Rávena. Volvió en efecto Pipino á conquistar, devolviólo al pontífice, y estableció los cementos de la soberanía temporal de los papas.

A Pipino le sucedió su hijo que resucitó el imperio de Occidente, Carlomagno continuó la guerra contra los sajones por espacio de treinta y tres años, destruyó la monarquía de los lombardos en Italia, y contuvo á los sarracenos de España. La derrota de su retaguardia en Roncesvalles le granjeó una especie de celebridad novelesca que marcha al par de su verdadera gloria histórica.

Cuéntanse hasta cincuenta y tres expediciones militares de Carlomagno, según el cuadro que de ellas ha presentado un historiador moderno. Observa monsieur Guizot con mucho criterio que la mayor parte no tuvieron mas objeto que contener y dar fin á las dos grandes invasiones de bárbaros del Norte y del Mediodía.

Carlomagno fue coronado emperador de Occidente en Roma por el papa Leon III (800). Después de un intervalo de 324 años, fue restablecido aquel imperio cuya sombra y cuyo nombre duran todavía después de haber desaparecido su cuerpo y su poder.

El interés que naturalmente inspira el honor de un grande hombre ha sido causa de que casi todos los escritores hallan callado acerca del destino de los primos de Carlomagno. Pipino el Breve, dejó dos hijos, Carloman y Carlos: Carloman dejó también otros dos Pipino y Siagro. El primero ha desaparecido de la historia y por mas de nueve siglos no se ha tenido noticia de la suerte del segundo. Un manuscrito de la abadía de Saint-Pons de Niza, remitido al obispo de Meaux dió por fin á conocer que Siagro abrazó el estado monástico en aquella comunidad, que llegó á ser obispo de Niza y mereció ser colocado en el número de los santos. De manera que al parecer solo á Bosuet estaba reservado el lavar de un crimen la memoria de Carlomagno.

Este monarca, que con objeto de extinguir las invasiones de los bárbaros, los había ido á atacar hasta en su suelo nativo, fue el que vió las primeras velas de las embarcaciones de los normandos que con toda rapidez se alejaron de la costa que el emperador protegía con su presencia. Carlomagno, al presentarse á la vista aquellas embarcaciones se levantó de la mesa y asomándose á una ventana permaneció un momento inmóvil y con la vista fija en el Oriente: algunas lágrimas surcaban sus mejillas, y nadie se atrevía á interrumpir su silencio, hasta que él mismo satisfizo la curiosidad de los próceres que le rodeaban diciéndoles: «¿Sabéis, leales vasallos míos, la causa que me hace derramar estas lágrimas? No es que por lo tocante á mi persona me inspiren temor esos piratas. Duéleme de que viviendo yo, se hayan atrevido á insultar estas playas. Preveo los males que harán sufrir á mis descendientes y á sus pueblos.» (*Monge de Saint-Gall*).

Carlomagno al asociar al imperio á su hijo Ludovico-Pio (*Hloivigh le Debonnaire*), le dijo: «Hijo querido de Dios, de tu padre y de ese pueblo, tú que me

has sido dado por Dios para consuelo mio, ya lo ves: mis dias avanzan: hasta la misma vejez se me escapa: el tiempo de mi muerte se acerca.

«Cristo me concedió el honor de nacer en el país de los francos, y me ha permitido poseer los dominios paternales, que se han conservado en un estado no menos floreciente que cuando los recibí. Soy el primero de los francos que ha recibido el dictado de César y he trasportado á la raza de los francos el imperio de la raza de Rómulo. Recibe mi corona, oh hijo mio, siendo Dios propicio, y con ella las insignias del poder... Carlos abrazó tiernamente á su hijo y le dió el postrer adios.» (*Ermold Nigél*).

El anciano cristiano Carlomagno llorando á la vista del mar por el presentimiento de las calamidades que iban á caer sobre su patria así que él dejara de existir; asociado al imperio con un corazón eternamente paternal á ese hijo que debía ser tan desgraciado padre; refiriendo á ese mismo hijo su historia, diciéndole que se honraba de haber nacido en el país de los francos y que á la raza de estos había trasportado el imperio de la raza de Rómulo; Carlomagno anunciando que se le acababan sus dias y que hasta la misma vejez se le escapa, son hermosas escenas que están esperando al futuro pintor de la historia francesa. Las últimas palabras de un padre en medio de sus hijos tienen algo de triste y de solemne: el género humano es la familia del grande hombre y es la que le rodea en su lecho de muerte.

El poeta de Ludovico hace proceder la palabra Hlunovicus de la dición latina *Ludus*, ó lo que es aun mas positivo de las dos palabras teutónicas, *Hlut*, famoso y *Wigh*, dios de la guerra. Ludovico Pio fue por desgracia demasiado buen estudiante, sabia el griego y el latin, y es indudable que la educación literaria dada á los hijos de Carlomagno, fue una de las causas que contribuyeron á la pronta degeneración de su raza. Ludovico heredó el título de emperador y rey de los francos, y al otro hijo de Carlomagno, Pipino, le tocó en herencia el reino de Italia.

El primero de estos dos hermanos asoció su hijo Lotario al imperio (817); al otro hijo llamado Pipino dió el ducado de Aquitania, y á Luis el reino de Francia: de manera que de los cuatro hijos que tuvo, solo el último llamado Carlos el Calvo, habido en su segunda esposa Judit, fue el que por de pronto no participó de la herencia.

Las disputas ocurridas entre Ludovico Pio y sus hijos le dieron por resultado el ser depuesto y restaurado dos veces en el trono, hasta que por último espiró (840) de inacción y disgusto.

No tenia Carlos el Calvo mas que diez y siete años de edad cuando ocurrió la muerte de su padre, y era ya rey de Francia, de Borgoña y de Aquitania. Unióse á su tío Luis, rey de Baviera contra Lotario, emperador y rey de Italia y Roma, dando en Borgoña la batalla de Fontenai (25 de junio de 841) y quedando vencedores de Lotario y del joven Pipino, hijo de Pipino, rey de Aquitania, cuyos despojos habían sido dados por Ludovico Pio á Carlos el Calvo.

Dícese que en esta batalla llegaron á cien mil el número de cadáveres que quedaron en el campo: lo cual es una manifiesta exageración. (Véase la *sabia Disertación del abate Lebrouf*). Mas debe tenerse presente que los combates eran estremadamente sangrientos entre los francos, y que el órden profundo que su infantería afectaba, solía producir extraordinarios resultados. Tierri alcanzó una victoria (612) sobre su hermano Teodoberto en Tolbiac, sitio que ya anteriormente gozaba de celebridad. «Tan grande fue el número de los que murieron en uno y otro ejército, dice la Crónica de Fredeger, que no habiendo en aquel campo bastante estensión para que los cadáveres pudieran caer al suelo, se mantuvieron de pies apimados los unos sobre los otros, como si no se les

hubiese acabado la vida.» (*Stabant mortui inter ceterorum cadavera stricti, quasi viventes*, capítulo XXXVIII).

Uno de los primeros historiadores modernos monsieur Tierri ha fijado con rara perspicacia el principio de la transformación del pueblo franco en nación francesa, en la batalla de Fontenai. Habiendo sufrido la mayor pérdida las tribus que aun conservaban el uso

del idioma germánico, hicieron los vencedores prevalecer gradualmente sus costumbres y la lengua romana. Aquella batalla preparó también bajo otro concepto una revolución: habiendo perecido en ella la mayor parte de los jefes francos, así como la nobleza de Francia en los campos de Crecy, fue causa de que los jefes de segundo orden pudieran elevarse lo mismo que acaeció también con la nobleza de inferior ge-



CARLOS MARTEL.

rarquia después de las derrotas de Crecy y de Poitiers. De aquellos francos de segundo orden, establecidos en sus posesiones feudales provino en tiempo de la tercera raza la alta nobleza de Francia.

Retirado el emperador Lotario en Aix la Chapelle, levantó un nuevo ejército de sajones y de neustrianos. Entonces ocurrió el juramento y el tratado entre Carlos y Luis, escrito y pronunciado en los dos idiomas del imperio, á saber, el romano y el tedesco. Debe,

sin embargo tenerse presente que además de estos dos idiomas se conservaba todavía el céltico puro que se distinguía de la lengua gala ó romana como lo atestigua este pasaje de Sulpicio Severo: «*In vero Celtique, vel si mavis gallic loquere*, esto es, hablad como queráis en céltico ó en galo. En medio de aquellos trastornos aparecieron los normandos que con los galo-romanos, los burgundos ó borgoñeses, los visigodos, los bretones, los vascos ó gascones y los

francos debían acallar de componer la nación francesa. Roberto el Fuerte, bisabuelo de Hugo Capeto y duque de París, murió de un flechazo peleando contra los normandos de los alrededores de Mans.

El emperador Lotario, príncipe turbulento, perseguidor de su padre y hermanos, murió (855) después de haber vestido el hábito monacal.

Cárlos el Calvo, fue envenenado por el judío Selecias, en una aldea al pie del monte Cénis, al regresar á Francia (3 octubre 877).

Luis el Tartamudo, subió al trono de los francos y fue consagrado emperador por el papa Juan VIII. Carloman, hijo de Luis el Germánico, le disputó el imperio y llegó tal vez á ser emperador, pero después de la muerte de Carloman, obtuvo el imperio su hermano Cárlos el Craso.

Volvió el emperador Cárlos el Craso á ser rey de Francia por la esclusión de Cárlos, hijo de Luis el

Tartamudo, y poseyó casi todos los Estados de Carlomagno. En esa época ocurrió el sitio de París por los normandos, que duró por espacio de dos años, y que al fin hizo Cárlos el Craso levantar por medio de un tratado vergonzoso. Había éste acumulado sobre su persona tantos desprecios como grandezas, y al morir (888) ya le habían despojado de su dignidad imperial.

Cárlos, hijo de Luis el Tartamudo, fue propuesto para el imperio, mas fue desechado, así como lo había sido cuando fue propuesto para rey de Francia. Armildo, bastardo del emperador Carloman, sucedió en el imperio á Cárlos el Craso, siendo proclamado rey de los francos Eudes, conde de París, hijo de Roberto el Fuerte. Eudes había defendido aquella ciudad contra los normandos. Cárlos III fue, por último, proclamado rey (892) en la ciudad de Laon. Repartieronse Eudes y Cárlos el poder, quedándose



CARLOMAGNO.

el primero con el país que media entre el Sena y los Pirineos, y el segundo con el que se extiende desde el Sena hasta el Meuse.

Después de la muerte de Eudes (898), Cárlos III llamado el Simple, absorbió bajo su poder la monarquía entera, y entonces principiaron las guerras particulares entre los jefes convertidos en soberanos de las provincias de que habían sido gobernadores. En Saint-Clair, sobre el Epsa, se confirmó (912) el tratado en virtud del cual Cárlos el Simple daba su hija Gisela por esposa á Rolon, cediéndole aquella parte de la Neustria á que los conquistadores habían dado ya su nombre. Rolon la poseyó con título de ducado, con la condición de mantenerse tributario de Cárlos y abrazar el cristianismo; también obtuvo el señorío directo é inmediato de la Bretaña; sobresalió como hombre eminente en lo relativo á la justicia y á la espada, y fue caudillo de aquel pueblo que abrigaba en su seno algún principio de vitalidad y creación, capaz de contribuir á la organización de otros pueblos.

Habiendo muerto Luis IV, y viéndose Cárlos reducido á estrechos límites por motivo de los señoríos que le habían usurpado, no pudo intervenir de un modo conveniente y dió lugar á que el imperio se escapara de la línea de los reyes de Francia. Conrado, duque de Franconia y Enrique I, vástago de la casa imperial sajona, fueron electos emperadores. El hijo de Enrique Oton, llamado el Grande, coronado en Roma (962), reunió el reino de Italia al reino de Germania.

Roberto, hermano del rey Eudes, fue proclamado soberano y consagrado en Reims (922). Cárlos el Simple le presentó la batalla, le derrotó y le quitó la vida. Lleno de asombro por la victoria, corrió á refugiarse cerca de Enrique, rey de Germania y le cedió una parte de la Lotingaria. Desde allí pasó á ver á Herberto, conde de Vermandois, desde donde cayó en la tumba (929). Ogina, hija de Eduardo I, rey de los ingleses, se retiró á Londres al lado de su hermano Adelstan, llevando consigo á su hijo Luis, que en lo sucesivo tomó el nombre de *Ultra-marino*.

En 923 intentaron dar la corona á Hugo, que la cedió á su cuñado Raoul, duque y conde de Borgoña; éste nunca llegó á ser reconocido por rey en las provincias meridionales de la Francia, y murió en Autun en 936. Hugo, llamado el Grande, según dice el abate Le Blanc, tampoco quiso admitir la corona, y se la ofreció á Luis el Ultramarino, hijo de Carlos el Simple, en virtud de lo cual subió al trono á los diez y seis años de edad.

Una caída de caballo le costó la vida (954), dejando ya dos hijos, Lotario y Carlos, duque de Luitingaria. El primero de éstos fue elegido rey bajo la tutela de Hugo el Grande, y como el reino había quedado reducido á límites muy pequeños, no pudo ser repartido entre los dos hermanos. Habiendo Hugo fallecido (956) vió Lotario reducidos sus Estados por invasión de poderosos vasallos á la ciudad de Laon, miserable término en que había venido á parar el dilatado patrimonio de Carlomagno. Carlos VII fue también rey de Bourges, pero salió de esta ciudad para reconquistar su reino, en tanto que Lotario jamás llegó á adquirir todos sus dominios. Por último, un veneno que le propinó su mujer, hija de Lotario, rey de Italia, puso fin á su vida en Reims durante el 896. Su hijo, Luis V, muy impropriadamente llamado el Perezoso, fue el último monarca de la raza carolingia. Al cabo de un año de reinado sufrió la misma suerte que su padre, siendo envenenado por su esposa Blanca de Aquitania. No habiendo dejado sucesión, se presentó su tío Carlos con pretensiones á la corona; mas la elección recayó en favor de Hugo Capeto, duque de los Franceses. Hugo dió principio á la raza de aquellos monarcas de los cuales hemos visto caer del trono al último descendiente: fuerza es conocer la grandeza que acompañó á esa raza por el vacío y por el trastorno que su caída ha causado y sigue causando en el mundo.

Ningun cambio notable en las costumbres ni en el gobierno ofrecen los sesenta primeros años de la segunda raza, sigue marchando la sociedad sin separarse de sus bases romanas aunque el supremo poder pasa á manos de otros conquistadores. Esta época presentó todavía mayor semejanza con los tiempos anteriores por el restablecimiento del imperio de Occidente. Carlomagno, bajo el punto de vista militar, no hizo mas que lo que otros muchos emperadores habian hecho anteriormente: trasportóse de una en otra de las diversas provincias del imperio, á fin de rechazar los bárbaros, así como Probo, Aureliano, Diocleciano, Constantino y Juliano habian corrido de un extremo del mundo al otro impelidos por la misma necesidad. Tampoco le faltaban á Carlomagno modelos que imitar por lo tocante á la legislación y á las letras; los emperadores mas oscuros y hasta los más débiles, se habian distinguido por la promulgacion de leyes y por el establecimiento de escuelas, pero es preciso convenir en que aquellas nobles empresas de Carlomagno produjeron resultados de mas elevado carácter, y que fue muy meritorio el que un soldado teutónico mandara hacer una coleccion de las poesías de los antiguos germanos, que «pusiera nombre á cada uno de los doce meses, y de los doce vientos, pues antes de Carlomagno no se les llamaba mas que colectivamente viento cardinal, fue muy meritorio en un soldado teutónico el vestirse á la moda de Francia, llevando en invierno un capoton forrado de pieles de marta ó de martas; en un soldado que levantaba á puño á un caballero armado, y con su espada lo dividía en dos partes á pesar de la armadura.» (Chron. Saint-Denis.)

En la corte de los reyes de las dos primeras razas se vuelven á ver figurar los mismos empleos y dignidades que en la de los césares, á saber, duques, condes, cancilleres, referendarios, camareros, domésticos condestables y mayordomos de palacio: solo Carlomagno conservó la primitiva sencillez de los francos, á pesar

de haber sus antecesores y sucesores afectado la magnificencia romana. Se ve que al lado de Ludovico Pio, Herold, el danés, llevaba una clámide de púrpura, adornada de piedras preciosas y bordada de oro: su esposa, merced á los favores de la reina Judit, llevaba también una túnica bordada de oro y recamada de pedrería, una diadema cubria sus sienes y las puntas de un largo collar venian á caer sobre su seno. En otras prendas del traje que aquella reina danesa vestía, brillaban las perlas entre los elegantes trenzados de tisú de oro; de este precioso metal era también ancho capuchon que cubria sus espaldas: en fin, puede decirse que eran unos salvajes que se adornaban á su gusto con las telas y con las riquezas del guardajoyas del imperio. El niño Carlos (Carlos el Calvo) pudo en una brillante cacería herir con sus diminutas armas á una corza que sus jóvenes compañeros le trajeron, por decirlo así á las manos. No decia mas Virgilio hablando de Ascanio.

Las Capitulares de Carlomagno, relativas á la civilización civil y religiosa, no hacen mas que reproducir con poca diferencia lo que dicen sobre la materia las leyes romanas y los cánones de los concilios; mas los concernientes á la legislación doméstica, presentan curiosos detalles por lo tocante á las costumbres.

La Capitular de Villis fisci se compone de setenta artículos, que probablemente fueron compilados de algunos otros muchos Capitulares.

Los administradores del patrimonio tienen obligacion de presentar en el sitio donde reside el emperador el día de San Martin todos los potros de cualquiera edad que sean para que el emperador despues de haber oido misa pueda revisarlos.

En el corral de las principales granjas debe haber por lo menos cien gallinas y treinta patos.

Constantemente habrá en las mismas carneros, cerdos y por lo menos dos cebones, á fin de que en caso de necesidad puedan ser llevados al palacio del emperador.

Los administradores cuidarán de que se sale el tocino, y de la buena coleccion de los chorizos y longanizas, del vino, vinagre, jarabe de moras, salsa de mostaza, queso, manteca, cerveza, hidromel, miel y cera.

Conviene al decoro de las casas donde el emperador habite, que los administradores cuiden de que haya en ellas gorrinas, pavos, faisanes, patos, pichones, perdices y tórtolas.

Los inquilinos de las granjas suministrarán á las manufacturas del emperador lino, lana y materias para teñir y cardar la lana, aceite y jabon.

Cuidarán los administradores que en los lagares no se pise la uva con los pies: Carlomagno y la reina, cuya mútua voluntad se expresa en todos estos detalles, quieren que en la elaboracion del vino se proceda con la mayor limpieza.

Por los artículos 39 y 65 se manda vender en el mercado, en provecho del emperador, los huevos que sobren al consumo de las granjas y los peces de los criaderos.

Los carros que han de servir de bagajes al ejército deben hallarse siempre en el mejor estado y los toldos de las literas deben ser de buen cuero y estar cosidos de manera que en caso necesario puedan servir para pasar un río.

En los jardines del emperador y la emperatriz se cultivarán toda clase de plantas, legumbres y flores: rosas, yerbas balsámicas, sálvia, cohombros, judías, lechugas, cebollas, etc.

Quien tan minuciosamente arreglaba los detalles de su casa en union de su esposa, quien mandaba vender en el mercado los huevos de sus granjas, era nada menos que el restaurador del imperio de Occidente, fundador de los nuevos estudios; era el que estendiendo sus brazos en medio de Francia contenía por la

parte del Norte y del Mediodía los últimos esfuerzos de una invasion que llevaba seis siglos de duracion; era nada menos que todo un emperador Carlomagno.

Quando hablé de la época caballeresca haré ver que su origen deba atribuirse á la segunda raza, y que al trasformar los romanceros del siglo XI á Carlomagno en caballero, según el sentido que damos á esta palabra, han sido mas puntuales que lo que vulgarmente se cree respecto de la verdad histórica.

Las Capitulares de los reyes francos gozaron de la mayor autoridad: los papas las observaron como leyes y los germanos se sometieron también á ellas hasta el reinado de los Otones, en cuya época los pueblos transrinianos desearon el nombre de francos de que hasta entonces se habian envanecido. Carlos el Calvo en el edicto de Pitres (cap. VI), nos revela cómo se redactaba el capitulario: «La ley, dice aquel príncipe, llega á ser irrefragable por el consentimiento de la nacion y la constitucion del rey.» Verificábase en las provincias la publicacion de las Capitulares redactadas con el consentimiento de las asambleas nacionales por los obispos y los comisionados régios, *missi dominici*.

Las Capitulares fueron obligatorias hasta que en tiempo de Felipe el Hermoso, fueron reemplazadas por las ordenanzas. Rhenano las sacó del olvido en 1531: habian ya sido coleccionadas, aunque incompletamente en dos libros por Angese, abad de Fontenelles (y no por Lobes) hácia el año 827. Benito, de la iglesia de Mayena, aumentó la coleccion en 845 y Vito publicó la primera edicion impresa de las Capitulares en 1545.

Las asambleas generales en que se trataban los negocios de la nacion se reunian dos veces al año, donde quiera que el rey ó el emperador las convocaba. El monarca proponía el objeto de la Capitular y la deliberacion se verificaba á cielo descubierto si el tiempo lo permitía, y sino, en salones preparados anticipadamente para el objeto. Los obispos, abades y el clero de alto rango, se reunian aparte, y los condes y principales jefes militares hacian lo mismo. Cuando unos y otros lo juzgaban conveniente, se reunian, y el monarca autorizaba con su presencia la asamblea: el pueblo estaba excluido de ella; pero despues de confeccionada la ley, se le llamaba para sancionarla. (HINCMAR. HUNOLD). La libertad individual del franco se fue poco á poco cambiando en libertad política de aquel género representativo no conocido de los antiguos. Las asambleas de los siglos VIII y IX eran verdaderos Estados, tales como los que volvieron á reproducirse en tiempos de San Luis y Felipe el Hermoso; pero los Estados de los carlovingios tenian una base mas lata porque estaban mas próximos á la independencia primitiva de los bárbaros: el pueblo existía aun durante las dos primeras razas, pero desapareció en la tercera para renacer bajo la forma de *siervos ciudadanos*.

Esa libertad política carlovingia perdió prontamente lo que le quedaba de popularidad y tomó carácter puramente aristocrático cuando la division creciente del reino privó de toda fuerza á la monarquía.

Administrábase durante la monarquía franca la justicia con arreglo á lo instituido por los romanos; pero los reyes de la cabellera establecieron, con objeto de oponerse á la corrupcion de la justicia, los *missi dominici*, especie de jueces ambulantes que tomaban conocimientos de las causas y daban su fallo en nombre del soberano, usando particularmente de severidad contra los magistrados prevaricadores. Al tratar del feudalismo y los parlamentos haré ver cómo en los pueblos modernos fue el origen de la justicia diverso que entre los griegos y latinos.

Bajo los sucesores de Carlomagno tuvo lugar la gran revolucion social que cambió el mundo antiguo en mundo feudal, y fue el segundo paso de la libertad general de los hombres, ó sea el tránsito del estado

de esclavitud á la condicion de siervo. En su lugar conveniente explicaré esa notable transformacion.

Carlomagno, como todos los grandes hombres, absorbió por la atraccion natural de su genio la administracion y el gobierno social en su propia persona, mas esa unidad desapareció al fallecer aquel soberano y los que habian visto el modo con que fue acumulándose su imperio, tuvieron que lamentar su division.

Careciendo de familia Alejandro Magno, entregó á sus generales los despojos de la conquista como si hubieran sido hijos suyos: no quiso al dejar la Macedonia reservarse mas que la esperanza, y al dejar la vida no pudo retener mas que la gloria. Diferente era la situacion de Carlomagno, pues al paso que aquel dada, por decirlo así, fin á un mundo antiguo, este inauguraba un nuevo órden de cosas. Carlomagno repartió el imperio entre sus tres hijos, y estos á su vez lo fraccionaron entre los suyos. Al morir Carlos el Craso (888) ya estaba dividida en siete monarquías la monarquía del hijo de Carlos Martel, á saber: el reino de Francia, el reino de Navarra, el reino de Borgoña cisjurana, el reino de Borgoña transjurana, el reino de Lorena, el reino de Alemania, y el reino de Italia. Carlos el Calvo, estableció el órden hereditario, diciendo: «Si despues de nuestra muerte tiene alguno de nuestros leales vasallos un hijo ó algun otro pariente... sea dueño de transmitirle sus beneficios y honores del modo que le plazca.» Esto en realidad no era mas que cambiar el hecho en derecho; pues los duques, los condes y los vizcondes ya retenian en su poder las fortalezas, ciudades y provincias, cuyo gobierno les habia sido conferido. A fines del siglo IX se contaban ya veinte y nueve feudos ó soberanías aristocráticas, cuyo número llegó hasta cincuenta y cinco al siglo de haber caído la raza carlovingia. A medida que estos pequeños Estados feudales se iban aumentando, disminuian los grandes Estados monárquicos. Las siete monarquías existentes en tiempo de Carlos el Craso, quedaban reducidas á cuatro al ceñir Hugo Capeto la corona.

Los feudos usurpados dieron origen á las casas aristocráticas que vemos surgir en aquella época: entonces fue cuando los bárbaros dejaron sus apodos germánicos, añadiendo á sus nombres cristianos las denominaciones de los terrenos, cuyo patronazgo habian tomado por su cuenta. De manera que el nombre propio de los lugares ha precedido el nombre propio de los individuos. El salvaje da al terreno una denominacion tomada de sus accidentes, cualidades ó productos antes de adjudicarse á sí mismo una denominacion particular que le distinga en la gran familia del género humano. Podria darse el caso de existir detalles geográficos de un modo que no tuviera ni un solo habitante.

El noble propiamente dicho en el sentido actual de la palabra principió á figurar á fines de la segunda raza. La nobleza titulada que Constantino estableció en lugar del patriciado, se infiltró entre los francos por su mezcla con las generaciones romanas, por los empleos que ocuparon en el imperio y por la influencia íntima que los vencidos ejercieron despues de civilizados sobre sus rústicos vencedores.

La misma causa produjo iguales efectos en las demás regiones de Europa: el monarca ya no fue mas que el titulado jefe de una aristocracia religiosa y política, cuyos círculos concéntricos si iban sucesivamente estrechando alrededor de la corona. En cada uno de estos círculos se inscribian otros con centros acomodados á su movimiento; de modo que la monarquía vino á ser el eje en derredor del cual giraba aquella complicada esfera, república compuesta de diversas tiranías.

La Iglesia fue la que mas influyó en la creacion de semejante sistema; habiendo llegado al apogeo de sus instituciones en el periodo que las dos primeras razas

transcurrieron hasta desaparecer, la Iglesia se apoderó del hombre en toda la plenitud de sus facultades; ni aun en la actualidad puede el observador extender la vista sin echar de ver que el extraordinario orden de cosas de donde hemos tomado origen, ha sido casi enteramente obra de la religión y de sus ministros.

En los *Estudios Históricos* hemos presentado el cristianismo avanzado al través de los siglos, cambiando no de principio, sino de medio, de edad en edad, modificándose á fin de adaptarse á las sucesivas modificaciones sociales, tomando incremento por las persecuciones y sublimándose cuando las intuiciones de origen humano se desplomaban. La Iglesia (téngase cuidado en distinguirla de la comunidad cristiana, como que es la forma visible de la fé y la constitución política del cristianismo) se iba organizando mas y mas: sus milicias se extendían desde el Oriente al Occidente y Benito acababa de fundar su célebre Orden en el monte Casino.

Con la práctica habían ya los concilios adquirido mas regularidad: celebrábanse mas metódicamente y se comprendía mucho mejor el límite de su influencia. Los concilios sirvieron de modelo á los cuerpos deliberantes de las dos primeras razas, y los prelados que en la sociedad religiosa eran reputados como próceres, fueron llamados á ejercer esa misma categoría en el orden político, y como ademas figuraban por su inteligencia, como caudillos de la civilización, naturalmente tuvieron que ocupar un puesto en las categorías mas elevadas del Estado, segun claramente lo acreditan numerosísimos documentos de las dos primeras razas.

La compensación por el asesinato de un obispo costaba con arreglo á la ley sálica 900 sueldos de oro, en tanto que por la muerte dada á un franco no se pagaban mas que 200. Se podía dar muerte á un romano convidado del rey por 300 sueldos á un habitante de su casa por 600.

Uno de los primeros actos de Clodoveo está dirigido á los obispos y abades, á los hombres ilustres y á los magníficos duques, etc. *Omnibus episcopis abbatibus*, etc. Otro tanto hizo Clotario en 516.

Gontran y Chilperico remitan el arreglo de sus deavencencias al buen juicio de los obispos y de los ancianos del pueblo: *ut quidquid sacerdotes vel seniores populi iudicarent*. Y elegían por mediaveros á los sacerdotes *mediantibus sacerdotibus*. Clotario II reunió á los obispos de Borgoña para deliberar sobre los asuntos del Estado y sobre la salvación de la patria: *Cum pontifices et universi proceres regni sui... pro utilitate regia et salute patrie conjunxissent* (627).

Los obispos son siempre los primeros de cuyo nombre se hace mención en los diplomas; no hay asamblea en que no se les vea figurar: sentencian los pleitos juntamente con los reyes, y su nombre figura al pie de la sentencia inmediatamente despues del rey: eran soberanos en sus ciudades episcopales; administraban justicia, acuñaban moneda é imponían contribuciones de dinero y de sangre: Savarik, obispo de Auxerre se apoderó del territorio de Orleans, de Nivernais, de Tonerre, de Avalon y de Troyes y los incorporó á sus dominios. En el campamento el clérigo se llamaba *abad de los ejercitos*.

La unidad de la Iglesia que por la doctrina habia llegado á establecerse, adquirió nueva solidez mediante la creación del poder temporal de la corte de Roma. Al ceñirse el pontífice la corona, se aumentó su influencia política y pudo tratar de igual á igual con los soberanos. Por esta razon se ve que los pontífices autorizan con su firma el testamento de los reyes, aprueban ó desaprueban la repartición de sus Estados y llegan, por último, á tal exceso de autoridad, que disponen de los cetros, y hacen que los emperadores vengan á besarles los pies. Y téngase presente, que ese poder sin ejemplo en la tierra, no era, sin

embargo, mas que un poder de opinion, pues los papas, que de ese modo hacían respetar al mundo su tiara, eran apenas obedecidos en la ciudad de Roma.

Al elevarse los sucesores del pescador al rango de soberanos, se elevaron tambien los obispos; la mayor parte de los prelados alemanes eran príncipes, y por una coincidencia natural, pero singular, resultó que al hacerse electivo el imperio, sus altos dignatarios entraron en el orden hereditario, de manera que el elegido fue amovible y los electores quedaron en la opuesta condicion.

Al caer Roma en manos de los pontífices dió incremento á la autoridad de la supremacía de éstos con la alta celebridad de su nombre, y con la ilusión de sus pasadas grandezas: reconociéndola hasta los mismos bárbaros como antigua fuente del poder, pareció que Roma volvía á entrar en una nueva existencia y proseguía siendo la ciudad eterna.

La corte teocrática imprimía movimiento á la sociedad universal, y así como en todas partes habia fieles, existía tambien la Iglesia en todos los sitios. Su jerarquía que principiaba en el obispo y se remontaba hasta el soberano pontífice, descendía hasta el último miembro de la parroquia al través del sacerdote, del diácono y subdiácono, del párroco y el vicario. Al exterior del clero secular figuraba el clero regular, inmensa milicia que por sus constituciones abarcaba cuantos accidentes y necesidades pudiesen afligir á la sociedad civil. Para todas las clases de enseñanzas ó de sufrimientos habia eclesiásticos y frailes. Jamás el sacerdote soltero de la unidad católica dejó, como el ministro casado disidente de esa comunión, de hacer frente á las calamidades populares: su destino era morir en tiempos de peste socorriendo á los apesetados, debía morir en tiempos de guerra defendiendo el país y montando á caballo á pesar de la prohibición canónica; debía ofrecer tal vez su vida á las llamas si ocurría un incendio ó perderla por rescatar cautivos. A su religiosa autoridad están confiadas la cuna y la tumba; cuando llegaba á ser hombre el niño educado por el clero, recibía de manos de éste la esposa que le habia de servir de compañera durante el resto de su vida. Habia comunidades de virtuosas mujeres destinadas á proporcionar iguales ventajas de educación y asilo á las de su sexo, y por último la soledad de los claustros brindaba al estudio profundo y era seguro puerto contra la violencia de las pasiones. Bien se echa de ver que un sistema religioso tan íntimamente enlazado con la sociedad, debía ser la esencia, digámoslo así, del mismo orden social.

Las riquezas del clero, tan considerables ya en tiempo de los emperadores romanos que tuvieron éstos que ponerles coto, se fueron aumentando hasta el siglo XII, por mas que no pocas veces en las apremiantes necesidades del Estado, fueron confiscadas y vendidas. El monasterio de San Martín de Autun en tiempo de los merovingios, poseía cien mil medidas de tierra de las conocidas entonces con el nombre de *manses*. Con cada una de estas medidas podia mantenerse un inquilino con su familia y pagar los alquileres al propietario. La abadía de Saint-Riquier, mas rica aun que el monasterio de que acabamos de hablar, nos revela lo que era una ciudad de Francia en el siglo IX.

Herik presentó en 831 un estado de los bienes de esa abadía á Ludovico Pio. En la ciudad de Saint-Riquier, propiedad de los monges, habia dos mil quinientas *manses* pertenecientes á seculares, y por cada una pagaban doce dineros, tres sestarios de trigo, de avena y de habas, cuatro gallinas y treinta huevos. Cuatro molinos debían seiscientos almudes (muids) de trigo mezclado, ocho cerdos y doce vacas. El mercado producía semanalmente cuarenta sueldos de oro y veinte el portazgo. Trece honros pagaban anualmente diez sueldos de oro cada uno,

trecientos panes y treinta pasteles en tiempo de leñtanas. El cura de San Mignel pagaba una renta de quinientos sueldos de oro, distribuidos en limosnas por los hermanos de la abadía. Lo que eventualmente producían en el curso del año los entierros de los pobres y los extranjeros, se calculaba en cien sueldos de oro distribuidos igualmente en limosnas. El abad daba diariamente cinco sueldos de oro á los mendigos; alimentaba trescientos pobres, ciento cincuenta viudas y sesenta clérigos. Los casamientos producían una renta anual de veinte libras de plata en peso, y sesenta y ocho el fallo de las causas judiciales.

La calle de los Mercaderes (en la ciudad de Saint-Riquier) pagaba anualmente á la abadía una pieza de tapicería de valor de cien sueldos de oro, y la calle de los Herreros toda la herramienta que la abadía necesitara. La calle de los fabricantes de escudos tenia la obligación de encuadernar los libros de la abadía, lo cual se apreciaba en treinta sueldos de oro. La calle de los Guarnicioneros suministraba las sillas que fuesen necesarias para las caballerías del abad y las de los hermanos; la calle de los Panaderos entregaba cien panes semanalmente; la calle de los Escuderos estaba libre de toda carga (*vicus serventium per omnia liber est*); la calle de los Zapateros daba calzado á los criados y cocineros de la abadía; la calle de los Carniceros tenia que suministrar anualmente quince *sextarios* de grasa; la calle de los Bataneros suministraba colchones de lana para los monges, y la calle de los Curtidores todas las pieles que fuesen necesarias; la calle de los Vendimiadores daba cada semana diez y seis *sextarios* de vino y la calle de los Bodegoneros, finalmente, uno de aceite; la calle de los Ciento diez *Milites* (caballeros), debía tener constantemente en buen servicio para cada uno de ellos un caballo, un escudo, una espada, una lanza y las demás armas.

La capilla de los nobles pagaba anualmente doce libras de incienso y de perfumes, y las cuatro capillas del pueblo comun (*populi vulgaris*), cien libras de cera y tres de incienso. Las ofrendas presentadas semanalmente al sepulcro de Saint-Riquier, valían dos marcos, ó sea trescientas libras de plata.

Sigue el inventario de los vasos de oro y plata de las tres iglesias de Saint Riquier, y el catálogo de los libros de la biblioteca. A continuación viene la lista de las poblaciones dependientes de la ciudad, que eran en número de veinte, á saber: Buniac, Vallés, Drusiac, Leuille, Gaspane, Guibrantium, Bagarde, Cruticelle, Croix, Civinocurtis, Haidulficurtis, Maris, Nialta, Langradus, Alteica, Rochinismons, Sidrunis, Concilio, Buxudis é Ingoldicurtis. En esos pueblos habia algunos vasallos de Saint-Riquier, que poseían tierras á título de beneficios militares. Contábanse ademas otras trece poblaciones, sin ninguna clase de feudos; y esas poblaciones segun dice la noticia á que aludimos, mas bien que aldeas podrian llamarse villas ó ciudades.

En la enumeración de las iglesias, villas, aldeas y terrenos dependientes de Saint-Riquier, figuran los nombres de cien caballeros adictos al monasterio, los cuales en las festividades de Navidad, Pascuas y Pentecostés, componían alrededor del abad un acompañamiento casi regio. En resumen, el monasterio poseía la ciudad de Saint Riquier, trece poblaciones considerables, treinta aldeas y un número infinito de casas de campo, de todo lo cual sacaba una inmensa renta. Solo las ofrendas de plata presentadas en la tumba del santo subían anualmente á quince mil seiscientas libras de plata en peso, casi dos millones numéricos de la moneda corriente en la actualidad.

Clodoveo dió á la iglesia de Reims tierras en la Bélgica, Turingia, Austrasia, Septimania y Aquitania; además regaló al obispo, de cuya mano habia re-

cibido el bautismo, todo el espacio de tierra que pudiese recorrer mientras que él (Clodoveo) durmiera la siesta. La iglesia de Besanzon era una soberanía: vasallos feudales del arzobispo de esta iglesia eran el vizconde de Besanzon y los señores de Salins, de Montfaucon, de Montferrand, de Durnes, de Montbelliard, de Sanit-Seine y hasta el mismo conde de Borgoña por su señorío de Gray de Vesoul y Choye.

Carlomagno en 805 mandó renovar el testamento de Abbon en favor del monasterio de la Novalaise, mencionando con este motivo los nombres de todos los terrenos que se le adjudicaban. Mr. Lancelot ha tratado de indagar la situación de aquellos terrenos redactando un documento que ofrece no poco interés.

Imposible seria reducir á cálculo la cantidad de oro y plata acuñada ó empleada en objetos artísticos que existía en aquellos siglos: solo puede decirse que seria extremadamente considerable atendiendo á la opulencia de las iglesias, y la increíble abundancia de limosnas y ofrendas y á la multitud infinita de contribuciones. Los bárbaros habian despojado al mundo, y sus rapinas quedaron en los sitios donde ellos se establecieron; en la actualidad sabemos que un ejército fecunda los campos que se propone arrasar.

La única cosa que merece ocupar nuestra atención por lo tocante á las riquezas del clero, es el indagar de qué manera sirvieron á la sociedad, y de cuál otra propiedad se compusieron.

En tiempo de las razas merovingia y carlovingia dominaba el derecho de conquista: no fueron arrebatadas las tierras á los propietarios por efecto de una ley positiva, antes por el cantrario, el hecho debió estar y estuvo frecuentemente en oposicion con el derecho. ¿Quién podía impedir que un franco se apoderara cuando quisiese del campo de un galo-romano? Cuando Clodoveo donó á San Remigio el espacio de terreno que el Santo pudiera recorrer en tanto que el rey durmiera (1), es indudable que el Santo pasó por terrenos que tenían dueño, y que dejaron de pertenecerle así que el rey se despertó. Pero esos terrenos que cambiaron de propietarios no cambiaron de régimen, y este es el punto sobre el cual todas las nociones históricas han sido falseadas.

Preséntanse á la imaginación las posesiones de un monasterio como una cosa sin relacion de ningun género con lo que anteriormente existía, y eso es un error capital.

Nada mas era una abadía que la morada de un opulento patricio romano con las diversas clases de esclavos y trabajadores necesarios al servicio de la propiedad y del propietario, y con los pueblos y aldeas de su dependencia. El P. abad era el dueño, y los monges como si fueran los libertos, se dedicaban á cultivar las ciencias, las letras y los artes. Ni en lo exterior de la abadía, ni en sus habitantes, podia notarse ninguna diferencia que chocara á la vista: un monasterio era una casa romana por lo tocante á la arquitectura, con su pórtico ó claustro rodeado de celdas ó pequeñas habitaciones. Y como en tiempo de los últimos Césares se habia permitido y hasta mandado que los particulares fortificaran sus habitaciones, resultaba que un convento rodeado de murallas almenadas, se parecia enteramente á cualquiera otro edificio algo considerable de aquella época. El traje de los frailes era el que todos usaban en aquel tiempo: los romanos no gastaban ya el manto ni la toga; por medio de una ley se habia prohibido el traje á lo gótico, y todos habian adoptado la túnica de los galos y la capa talar de los persas. No nos parece raro el traje de los frailes en la actualidad, sino porque no ha sufrido variación alguna desde su origen.

(1) Carlos Martel hizo tambien un donativo de la misma especie: indemnizaba al clero, á espensas de los vecinos, de los bienes que le habia quitado.

La abadía, pues, volveremos á repetirlo, era absolutamente lo mismo que una casa romana; pero esta casa que por espíritu de la ley eclesiástica había pasado á manos muertas, no tardó en adquirir con arreglo al espíritu del feudalismo, una especie de soberanía: pudo administrar justicia, tuvo sus campeones y soldados, y fue un pequeño Estado completo en todas sus partes, sin dejar por eso de ser á manera de una adquería experimental, una fábrica (tejiáanse telas de hilo y paños) y una escuela.

Nada puede imaginarse mas favorable á la independencia individual y á los trabajos de la inteligencia, que la vida cenobítica. Una comunidad religiosa puede decirse que era como una familia artificial que siempre se hallaba en su período de virilidad, porque no tenía que pasar como la familia natural, ni por la imbecilidad de la infancia, ni por la de la vejez: libre estaba igualmente de los períodos de la tutela, y de la minoría y de todos los inconvenientes que la debilidad de la mujer trae consigo. Aquella familia que no moría, iba aumentando sus bienes sin poder perderlos, y como que estaba libre de todos los cuidados del mundo, ejercía sobre él una prodigiosa influencia. Hoy que la sociedad no tiene ya que sufrir el peso de una propiedad inmóvil, ni el celibato perjudicial á la población, ni el abuso del poder monástico, se halla en estado de poder apreciar imparcialmente unas instituciones que por muchos conceptos fueron útiles á la especie humana en la época de su institución.

Los conventos llegaron á ser una especie de baluartes en que la civilización pudo subsistir ileso bajo la bandera de algun santo: dentro de su recinto siguió cultivándose la elevada inteligencia conservándose con la verdad filosófica que renació de la verdad religiosa. La verdad política, ó sea la libertad, halló un asilo, ó mas bien un sócio de la independencia del monge á quien era lícito hacer investigaciones, y hablar sin ningun temor sobre cualquier asunto. Esos grandes descubrimientos de que la Europa se envanece, jamás habrían podido realizarse en el seno de una sociedad bárbara y sin la inviolabilidad y tranquila existencia del claustro, hubiera quedado rota tal vez para siempre la cadena que enlaza lo presente con lo pasado, pues no nos habrían sido transmitidos ni los libros ni los idiomas de la antigüedad. La astronomía, la aritmética, la geometría, el derecho civil, la física y la medicina, el estudio de los autores profanos, la gramática y las humanidades, y todas las artes, tuvieron una sucesión no interrumpida de maestros desde los primeros tiempos de Clodoveo hasta el siglo en que las universidades, compuestas tambien de profesores religiosos, hicieron salir la ciencia del fondo de los claustros. Para demostrar esta verdad no se necesita mas que citar los nombres de Alcuino, Angilberto, Eginardo, Teghan, Loup de Ferrieres, Eric de Auxerre, Hincmaro, Odon de Cluny, Gerberto, Abbon, Fulberto, etc., lo cual nos conduce al reinado de Roberto, rey de la tercera raza. Entonces nacieron nuevas comunidades religiosas, y perdió la de Cluny el magnífico privilegio de ser casi la única depositaria de la instrucción.

Sabido es todo lo que en aquellos tiempos sucedía con relacion á los libros: multiplicaban sus ejemplares los frailes, unas veces impulsados por su amor á la ciencia ó por superior mandato, y otras veces por penitencia. Durante la cuaresma sacaban copias de Tito Livio solo por espíritu de mortificación. Es desgraciadamente cierto que se rasparon algunos manuscritos haciendo desaparecer tal vez un texto precioso para estampar las cláusulas de algun donativo ú otra cualquiera elucubracion escolástica. En el catálogo de la biblioteca de la abadía de Saint-Riquier, se ve, que en 834 se conservaban ejemplares de Ciceron, de Homero y de Virgilio. En la biblioteca de Reims, durante el siglo x, figuraban las obras de Julio

César, Tito-Livio, Virgilio y Lucano. San Benigno de Dijon poseía un Horacio.

En San Benito sobre el Liora cada estudiante (había cinco mil) daba en clase de honorarios dos tomos á sus maestros; en Montierender enseñaban en 990 la *Retórica* de Ciceron y dos Terencios. Loup de Ferrieres hizo corregir un Plinio mal copiado, y remitió á Roma Suetonios y Quinto-Curcios. En la abadía de Eleury poseían el tratado de *república* de Ciceron, el mismo que ha sido encontrado en nuestros dias, pero desgraciadamente sin concluir. No me acuerdo de haber visto que se haga mención de un ejemplar de Tácito en ninguna de esas antiguas bibliotecas de Francia.

Infinitas son las atenciones que deben al clero de aquellos tiempos la música, la pintura, el grabado y particularmente la arquitectura. Carlomagno manifestó por la música la misma afición natural que hoy le sigue profesando la raza germánica: mando venir de Roma cantores para su capilla, y él mismo con el dedo ó con una varilla indicaba cuándo le tocaba á cada cual el turno de cantar, y marcaba el fin de cada versículo con un sonido gutural que era como el diapasón de la frase que iba á principiar. El monge de Saint-Gall refiere que ignorando cierto chantre las reglas establecidas, y viéndose obligado á figurar en un coro, movía á uno y otro lado la cabeza y abría una enorme boca para imitar á los cantores que le rodeaban. Carlomagno lo estuvo observando con impasible serenidad, y luego mandó que se le diera una libra de plata por lo mucho que había trabajado.

Había escuelas de música y los frailes sabían tocar el órgano y otros instrumentos de cuerdas y de viento. Las *secuencias* de la misa eran magníficas en el siglo x: empleábase en su canto toda la estension de la voz, y era tan extraordinario el efecto que producían que se cuenta que una mujer murió de placer y sorpresa al oirlas. Las *secuencias* de origen bárbaro llevaban el nombre de *Frigidora*.

El arte de grabar en piedras preciosas no estuvo tampoco enteramente perdido durante el viii y el ix siglos: dos canónigos de Sens, llamados Bernetin y Bernuin construyeron una mesa de oro adornada de pedrerías é inscripciones: Helderico, abad de San German de Auxerre, sabía pintar, y Tusilon, monge de Saint-Gall, ejercía en Metz el arte de grabador, y escultor. La arquitectura denominada *lombarda* data de la época religiosa de Carlomagno: el monge llamado de Gozze fue un hábil arquitecto del siglo x. Posteriormente la arquitectura impropriamente llamada *gótica* debió en gran parte su gloria durante los siglos xii y xiii á clérigos, abades, monges y de pendientes de los establecimientos eclesiásticos. Hugo Liberger y Roberto de Coney *maestro de Nuestra Señora y de San Nicasio de Reims*, dieron los planos y dirigieron la construcción de la iglesia metropolitana de aquella ciudad y de la de San Nicasio, admirable edificio destruido por los bárbaros del siglo xviii. Aroun al Raschild, amigo y contemporáneo de Carlomagno, amaba y protegía como éste las ciencias y las artes: pero las letras perecieron durante la edad media del mahometismo, así como por el contrario se rejuvenecieron y renovaron en la edad media del cristianismo.

La constitucion orgánica del clero era á propósito para secundar el progreso: la ley romana que oponía á las costumbres absurdas y arbitrarias la continua amonestacion de que se diera libertad á los esclavos, y las inmunidades de que gozaban sus vasallos y las excomuniones locales que lanzaba contra ciertos usos y ciertos tiranos, estaban muy en armonía con las necesidades de la multitud. Ciertamente es que al seguir este rumbo el clero no se proponía mas que llegar al colmo de su poder; pero hay que tener presente que ese mismo poder era popular, y que á pesar de no serles siempre concedidas al pueblo aquellas libertades reclamadas en su nombre por el clero, circulaban á be-

neficio de ellas por la sociedad ideas que andando el tiempo habían de desarrollarse y convertirse en provecho de la humana especie.

El clero regular era aun mas demócrata que el secular. Los órdenes mendicantes tenían relaciones de simpatía y de parentesco con las clases inferiores del pueblo: así es que en todas partes se les ve figurar al frente de las insurrecciones populares: con la cruz en la mano dirigieron los bandos de los llamados *pastoureaux* en las campiñas, como las procesiones de la Liga dentro de los muros de París. En el púlpito ensalzaban á los débiles y abatían á los poderosos. Cuanta mas superstición traían los tiempos, mas se multiplicaban las ceremonias religiosas, y mas ocasion tenían por consiguiente los frailes de explicar esas verdades de la naturaleza consignadas en el Evangelio: imposible era que los frailes marchando por ese camino no descendieran alguna vez del órden religioso al órden político. Multiplicóse la milicia de San Francisco porque el pueblo corrió de tropel á afiliarse en ella: los hijos del pueblo cambiaron su cadena por un cordón, y á beneficio de este gozaron la independencia que aquella les quitaba: pudieron desafiar á los poderosos de la tierra y presentarse á beneficio de un báculo, una barba desaliñada y los pies sucios y desnudos á dar terribles lecciones al desmedido orgullo de los señores feudales, que reprimiendo en el pecho su indignación, tenían que sufrir la reprimenda del *siervo* convertido en *persona de condicion ingenua* solo por el hecho de haber cambiado de traje. La capucha ennoblecía mas pronto que las armas, y la libertad iba entrando en la sociedad por el camino que menos se esperaba. En aquella época el pueblo entero, así puede decirse, abrazó el estado eclesiástico y bajo este disfraz es donde debe buscarsele.

Por último, con razon se ha declamado contra las riquezas de la Iglesia que llegó á poseer la mitad de la propiedad de toda la nacion; pero para no separarse del límite de la verdad histórica no hay que perder de vista que las dos terceras partes por lo menos de aquellas inmensas riquezas, estaban en manos de la parte *plebeya* del clero. Insisto en esa palabra *plebeya* porque desarrollando todo el sentido que encierra se llega al verdadero conocimiento de un asunto muy mal comprendido y mal presentado hasta ahora.

El espíritu de libertad é igualdad de la *república* cristiana había pasado en la *monarquía* de la Iglesia. Esta *monarquía* era electiva y representativa; todo cristiano, aun siendo persona leiga y de cualquiera condicion, podía en virtud de eleccion llegar á la primera dignidad. El pontificado no era mas que una soberanía vitalicia, y en ciertos casos los concilios generales podían hasta despojarle de su soberanía y poner otro en su lugar: otro tanto puede decirse de los obispos elegidos primitivamente por la comunidad diocesana.

Sucedió, por lo tanto, que el supremo pontífice era con bastante frecuencia un hombre sacado de la última clase de la sociedad: tribuno dictador que el pueblo elevaba para que pusiera el pie sobre la frente de aquellos reyes y de aquellos nobles, opresores de la libertad. Gregorio VII que redujo á práctica esa teoría y ejerció en todo su rigor el mando que el pueblo le había conferido, había sido un fraile insignificante; Bonifacio VIII, segun cuya opinion los papas estaban autorizados para dar y quitar coronas, había sido un oscuro legista; y Sixto V que aprobaba el regicidio, había en su niñez sido pastor de una piara. Aun no se ha alterado despues de tantos siglos ese espíritu de igualdad, y es raro que el soberano pontífice sea oriundo de alguna de las poderosas familias de Italia: cuando un sacerdote es elevado al cardenalato, su hermano que tal vez suale ser algun mercader en detalle, ilumina su pequeña tienda en Roma para celebrar la elevacion de su hermano. El papa futuro pro-

cedente del seno de la igualdad entraba en el claustro, donde encontraba otra especie de igualdad combinada con la teoría y la práctica de la obediencia pasiva y salida de esta escuela con amor de la igualdad y sed del dominio.

Para explicar el poder temporal de la Santa Sede se ha apelado á razones de ignorancia y de religion que si bien contribuyeron á aumentarlo, no deben, sin embargo, ser consideradas como su único origen. Los pontífices heredaron aquel poder de la libertad republicana: ellos fueron los que en Europa representaron la verdad política destruida casi en todas partes y fueron en el mundo gótico los defensores de las franquicias populares. La disputa del sacerdocio del imperio, es la lucha de los dos principios sociales, el poder y la libertad durante la edad media: los guelfos eran los demócratas de aquel tiempo y los gibelinos los aristócratas. Aquellos tronos declarados vacantes y entregados al primero que los ocupaba; aquellos emperadores que venían de rodillas á implorar el perdón de un pontífice; aquellos reinos puestos en entredicho; aquellos templos cerrados y una nacion entera privada del culto por el poder de una palabra mágica; aquellos soberanos abrumados por el anatema, abandonados no solo de sus vasallos, sino hasta de sus criados y parientes; aquellos príncipes, aislados como leprosos, separados de la raza mortal en tanto que llegaba momento de ser tambien separados de la eterna raza, viendo que los alimentos que habían probado y los objetos que habían tocado eran arrojados á las llamas para ser purificados de la mancha que con su tacto les habían impreso; toda esa pompa terrible nada mas era que los efectos enérgicos de la soberanía popular delegada á la religion y ejercida por ella.

Entonces marchaba el pontificado al frente de la civilización é iba avanzando hácia el objeto de la sociedad general. ¿Cómo habrían esos monarcas sin vasallos y sin ejércitos, acaso fugitivos, acaso perseguidos al lanzar sus terribles rayos, como unos soberanos que tal vez carecían de moralidad, que tal vez estaban plagados de crímenes, y que tal vez no creían en el mismo Dios á quien decían servir, cómo habrían podido, decimos, destronar á los reyes con una espresion, una palabra, una idea, sino hubiesen sido los supremos directores de la opinion? ¿Cómo los cristianos diseminados en todas las regiones del globo habrían obedecido á un sacerdote cuyo nombre les era desconocido, si aquel sacerdote no hubiese sido la personificación de alguna verdad fundamental? Así es que los papas han sido dueños de todo, mientras se mantuvieron en los principios guelfos ó democráticos. Para obtener la tiara favorecieron en Italia las armas imperiales y desertaron de la causa del pueblo; desde entonces principió á declinar la autoridad pontificia y así debió ser: porque fue ponerse en pugna con su propia naturaleza; porque fue, digámoslo así, abandonar absolutamente su principio de vida. La sublimidad de las artes ocultó por de pronto á los ojos del pueblo aquel elemento destructor que empezaba á roer la tiara; pero las obras maestras de Rafael y Miguel Angel que tanto embellece los muros del Vaticano no han reemplazado por cierto el poder de que los pontífices se despojaron al rasgar su primitivo contrato. Esa misma tendencia á un mentido poder es la que dió un golpe de muerte á la *monarquía* en tiempo de Luis XIV: esa *monarquía* que hasta el reinado de Luis XIII se había robustecido amalgamándose con las libertades públicas, creyó aumentar la órbita de su poder sofocándolas y no hizo mas que herirse en el corazón.

La invasion de las libertades nacionales se presentó tambien acompañada de la pompa de las bellas artes: el palacio del gran rey subsiste todavia en pie; pero ¿qué soldados se apoderaron de él y lo custodian?